

FELIZ



Despierto unos minutos antes de que suene la alarma. No porque tenga prisa, sino porque disfruto esos segundos en los que la casa aún guarda silencio. Camino descalzo hasta la cocina, preparo café y me quedo frente a la ventana mientras el vapor desaparece. Afuera todo comienza otra vez. Adentro, el día todavía no ha empezado.

Salgo rumbo al trabajo como cualquier mañana. El mismo camino, los mismos semáforos y las mismas personas. Durante mucho tiempo pensé que la rutina era el precio que había que pagar por vivir. Hoy creo que era el lugar donde la vida me esperaba, solo que iba demasiado deprisa para notarlo. Las horas pasan entre pendientes y conversaciones. Alguien hace un comentario que nos hace reír. Más tarde comienza a llover y me acerco a la ventana solo para verla caer.

Al salir ya casi ha oscurecido. Paso frente a un parque donde unos niños juegan como si el reloj no existiera. Uno de ellos cae, se levanta riéndose y vuelve a correr. Sin darme cuenta, sonrío con él. Entonces recuerdo que hubo un tiempo en el que también encontraba motivos para sonreír en cualquier rincón, sin necesitar nada más de nadie.

Llego a casa, dejo las llaves sobre la mesa y me siento unos minutos sin hacer nada. El teléfono vibra, pero decido dejarlo a un lado. Entonces entiendo que fui injusto con muchos de mis días. Les exigía ser inolvidables para darles valor, cuando en realidad bastaba con vivirlos.

Fue ahí cuando descubrí que la felicidad nunca llegó de golpe. Siempre estuvo escondida en las cosas que dejé de mirar por buscar algo más grande: el café de cada mañana, una risa inesperada, la lluvia contra la ventana y la tranquilidad de volver a casa. Desde entonces dejé de buscar una vida feliz y empecé a reconocer que la felicidad no era la meta, sino la forma en que había aprendido a vivir cada día.